



LA RESISTENCIA DEL VIEJO RÉGIMEN ASOMA DENTRO DEL INE

RAMÓN LÓPEZ CASTRO / COLABORADOR
@RAMNLPEZCASTRO1

El INE, como cualquier institución pública, es perfectible. Pero también es una entidad que ha demostrado, su capacidad técnica, y su compromiso con la democracia

Por más que les incomode, los hechos están a la vista: el Instituto Nacional Electoral (INE) logró lo que parecía imposible. Con tiempos reducidos, recursos limitados y múltiples obstáculos técnicos y políticos, organizó y llevó a buen puerto la inédita elección de más 881 cargos judiciales el pasado 1 de junio de 2025. Sin embargo, este logro ha sido sistemáticamente minimizado, ensombrecido y vilipendiado por un bloque de consejeras y consejeros que parecen tener una misión clara: descarriar cualquier iniciativa que emane de la presidencia del Instituto.

Este grupo, encabezado por Claudia Zavala, Dania Ravel, Jaime Rivera, Arturo Castillo y Martín Faz, ha mantenido una postura crítica y combativa frente a Guadalupe Taddei desde su llegada al cargo. Pero más allá del disenso técnico o ideológico lo que ha quedado en evidencia es una operación concertada para debilitar su liderazgo, minar su autoridad y restarle legitimidad al proceso que encabezó. Las críticas no parten de un vacío institucional. Tienen una raíz política profunda. Zavala, por ejemplo, es aliada histórica de Lorenzo Córdova y tiene una clara trayectoria ligada al PRD. Ravel fue impulsada por el PRI. Rivera trabajó en el CISEN durante el gobierno de Calderón y tiene vínculos con el PAN. Todos ellos fueron designados en un contexto de control partidista del INE y, desde entonces, han actuado como contrapeso político a cualquier intento de renovación institucional. El viejo régimen dentro del INE que se niega a soltar cotos y privilegios.

El caso de Faz es particularmente ilustrativo. Aunque promovido originalmente por Morena, ha adoptado una posición de "bisagra crítica" que

le permite oscilar entre bloques. Recientemente, lanzó una cifra sin sustento técnico afirmando que 80% de quienes votaron por Hugo Aguilar Ortiz, para ministro de la Suprema Corte, lo hicieron influenciados por acordeones. Tal afirmación, que comparó con la improbabilidad de ganar el sorteo Melate, fue ampliamente desmentida por expertos del propio Instituto. A pesar de ello, Faz no ha rectificado ni aclarado de forma pública sus datos.

Más allá de la incongruencia entre sus posturas públicas y sus votos en el Consejo General —donde terminaron validando los resultados que tanto cuestionaron—, lo que inquieta es la agenda que subyace a estas contradicciones. Una agenda que apunta a deslegitimar no solo a Guadalupe Taddei, sino al propio INE, debilitando su credibilidad en un momento de enorme sensibilidad democrática.

¿A qué responde esta actitud? ¿Qué clase de imparcialidad puede presumir un bloque que ha demostrado afinidades políticas tan evidentes y que actúa más como facción opositora que como árbitros electorales? El INE, como cualquier institución pública, es perfectible. Pero también es una entidad que ha demostrado, una y otra vez, su capacidad técnica, su compromiso con la democracia y su resiliencia frente a los embates de todos los frentes políticos. La elección judicial del 1º de junio no fue perfecta, pero fue legal, legítima y viable. Ningún análisis serio, con cifras verificables, ha podido sostener lo contrario. Lo que sí es evidente es que hay consejeros que no toleran el deber cumplido de Taddei. Su incomodidad no proviene del mal desempeño del Instituto, sino del hecho de que, bajo una presidencia ajena a su círculo político, el INE haya cumplido con creces una tarea monumental.

—
"Con
tiempos
reducidos,
recursos
limitados
y múltiples
obstáculos
técnicos y
políticos,
organizó
y llevó a
buen puer-
to la inédita
elección
judicial".
—